Hacía una consciencia responsable

Cada vez arraiga más en nosotros la convicción de que la realidad social de nuestro medio nos muestra una masa popular en cuya vida, Cristo y su enseñanza tiene poquísima influencia. La inmensa mayoría de nuestros católicos no tienen más contacto consciente con la Iglesia, que en el cumplimiento de algunos deberes personales como la asistencia a misa los domingos, y tal vez la confesión pascual. Pero la influencia cristiana en la familia ha bajado en proporciones incalculables; en las costumbres y conversaciones de la masa Cristo es un personaje remoto, casi desconocido. La estima de lo sobrenatural, la manera cristiana de mirar todo lo temporal como de camino hacia una eternidad feliz, el conocimiento comprensivo de las verdades cristianas y de los medios salvadores de la Iglesia, la práctica espontánea de los Sacramentos, todo eso que llamamos vida cristiana y que se mantiene vivo en una minoría ferviente e instruída ha ido desapareciendo de la vida de nuestras multitudes, que no sienten necesidad de lo que no satisface una apetencia material o llena una ambición humana.

En los momentos de reacción nuestro pueblo católico adolece de una frialdad y apatía que desconciertan. Pareciera que su fe sólo arraiga en una tradición sentimental que le lleva a la práctica inconsciente y que pronto ha de precipitarle en la más lamentable rutina.

¡Qué horror a todo lo que significa responsabilidad! ¿Qué responsabilidad siente el hombre de la gran masa? ¿En cuántos católicos hallamos esa solidaridad de intereses propia de los miembros de un cuerpo? De ello tenemos vivísimo ejemplo en el debate sobre Comunidades Religiosas. No pesa sobre la conciencia de nuestro pueblo, la Iglesia con toda su autoridad ni la voz del Prelado con toda la fuerza de sus argumentos, cuando se trata de cuestiones que pueden lesionar sus intereses personales, o de la solución de problemas, que en las tinieblas de su ignorancia, o en la estrechez de su criterio pésimamente dirigido por calumniantes demagogos, consideran perjudiciales a los intereses de la comunidad.

He aquí un problema que debemos resolver. ¿Qué queremos? ¿Qué hemos de hacer? Se nos impone una doble tarea: iluminar y purificar. De un lado esclarecer y formar las inteligencias, y de otro, robustecer y levantar las voluntades.

Los discípulos de Cristo no pretenden volver a resucitar formas antiguas, hacer que todo vuelva a la vida patriarcal de la aldea apacible. El progreso con sus maravillosos inventos ha llegado ya a todos los rincones lugareños. Sin salir del ambiente en que vivimos hemos de hacer resplandecer la verdad perenne que es Cristo: Cristo es Dios, antes, ahora y siempre. "Cristo no es algo pasado, sino el presente vivo y el inagotable porvenir". Cristo es lo eterno y lo supratemporal, que nos enseña el porvenir ilimitado, que nos libra del pasado sin entregarnos al presente y sin hacer surgir ante nosotros el fantasma del porvenir. El nos brinda la verdad imperecedera que abarca toda la realidad de la vida y que nos proporciona la posibilidad de hacer justicia a cada estado y a

cada empresa de la Historia y de poner a pesar de ello, todo lo temporal al servicio de un fin y de un bien supratemporal. La tradición de esta verdad eterna proporciona al cristiano un punto de vista libre por encima de toda otra tradición.

En efecto, lo que El, lo que el Maestro Unico dijo, es siempre la verdad, sean cuales fueren las costumbres de la vida o los descubrimientos de la ciencia, viajando en litera o en avión.

De lo que se trata es de impedir que las formas nuevas ahoguen la verdad perenne, o mejor aún, tratamos de hacer vivir la verdad perenne en las formas nuevas. Seguros de la verdad, queremos ganarlo todo para ella, sacar nuestra fe de entre los muros y cristianizar el aire libre de la vida, la sociedad, el mundo. No queremos crear una vida cristiana al lado de la vida pagana, sino inocular savia cristiana en las arterias de esa vida, hacer cristiana la vida, toda la vida real.

F.

Tomado de El Mensajero del Clero, agosto de 1942, Nº 8.

El Dr. Figueroa y nuestra antigua Universidad

Por don Rafael Obregón Loria

Indudablemente el doctor don Eusebio Figueroa Oreamuno fué una de las figuras más notables de Costa Rica en el siglo pasado y el país le es deudor de grandes servicios prestados por él desinteresadamente; día llegará en que se le haga a su memoria la justicia que se merece. Gran estadista, eminente jurisconsulto, juez integérrimo; actuó en muy diversos campos, y siempre puso en todas sus actuaciones el sello de su talento y de su honorabilidad.

Debemos considerarlo como una de las verdaderas columnas de nuestra Instrucción Pública; fué él quien llevó al seno de la Asamblea Constituyente de 1869, en nombre del Gobierno que presidía don Jesús Jiménez, la idea de hacer obligatoria y gratuita y costeada por el Estado la enseñanza primaria; al tiempo de su muerte, se preparaba para llevar a cabo una reforma total de la instrucción pública en nuestro país.

Su actuación en pro de nuestra antigua Universidad de Santo Tomás, fué de grandes y positivos resultados.

Llegó el doctor Figueroa a ser miembro de nuestra Universidad en mayo de 1853, cuando al incorporarse como abogado ante los tribunales del país, se le